

Criónica (1ª parte)

J. P. Valverde

Image not found.

Capítulo 1

Todo lo que sé de la Criónica lo aprendí en Yzaba. Para ser exactos, el año en que aprobé las oposiciones y me dieron plaza en una escuela del Alto Aragón. Yo era por entonces un joven que renegaba de la vida en las grandes ciudades. Maquinaba en sueños el proyecto de emigrar a la Patagonia o, por lo menos, a una comarca remota de nuestro país con el propósito de dedicarme a la enseñanza. Siempre había querido ser profesor en un pueblo de la montaña, aunque fuera en una de esas aldeas antiguas en las que el censo de muertos supera con holgura el de los vivos.

Empezaré diciendo algo sobre las comunicaciones de Yzaba con el resto del mundo. Quien quiera ir allí, sepa que hay una carretera nacional en buen estado que llega hasta Uza, la puerta del valle del Errati. Desde Uza parte otra carretera local que, nueve kilómetros más arriba, en el altiplano de Bordas, se bifurca en dos ramales. Pues bien, el que sigue hacia el este, atraviesa el desfiladero de Foz y asciende los altos de la sierra de Ara conduce, no precisamente en línea recta, a Yzaba, fin de la ruta. Como podrá suponerse, estos últimos kilómetros de vías maltrechas son los que incrementan la duración media del viaje y ponen a prueba la pericia al volante del viajero.

Nadie se llame a engaño imaginando un Edén de aislamiento inmemorial, reserva de buenos salvajes, pues la providencia del Estado social y de derecho no descuida ni siquiera los emplazamientos más alejados de los centros de poder. En invierno, desde que caen los primeros copos, las carreteras permanecen perfectamente limpias gracias a una moderna flota de máquinas quitanieves que, con la eficacia de una división militar, se despliega por todas las vías afectadas. Se han dado incluso casos de personas mayores que sufren una embolia o un infarto y son evacuadas en helicóptero al hospital provincial, de modo que tardan menos en ser atendidas por el servicio de urgencias que los habitantes de algunos barrios de la capital, sometidos a la dictadura del tráfico y las aglomeraciones.

En Yzaba hay una escuela unitaria, que estuvo a punto de cerrarse por falta de alumnos, pero que ha experimentado en el último lustro una asombrosa renovación. Poco antes de que yo me incorporara, había solo siete niños: si la Consejería de Educación no la suprimió entonces e impuso el traslado de los escolares al colegio de Uza, fue probablemente por evitar conflictos con los nostálgicos de la vieja escuela y con el movimiento ruralista que aboga por la vuelta a las raíces. Mas, sobre todo, gracias a la llegada de un contingente de colonos extranjeros.

Yzaba no es una comunidad campesina al uso, lo que tal vez decepcione a los poetas del menosprecio de corte y alabanza de aldea. Las

peculiaridades de su estructura social son significativas para el educador, que ha de contar con ellas en el ejercicio de su misión pedagógica.

Llama la atención, en efecto, que entre los padres de los alumnos no haya ningún ganadero, siendo el país de pastos abundantes; ni trabajador forestal, por más que los bosques de hayas, pinos y abetos amenacen con devorar hasta el último vestigio de habitación humana. El sector primario no tiene peso en la economía local; la industria más cercana es una fábrica textil situada a cien kilómetros; y el turismo rural aún no se había puesto de moda cuando yo llegué a Yzaba con la cabeza llena de ideas preconcebidas.

No obstante, mi isla del tesoro era un pueblo en el que no existía el paro, la renta per capita superaba la media nacional y, dato curioso, casi todos sus vecinos eran de origen extranjero. Unos pocos estaban empleados en la estación de esquí de Montes Malditos, ya fuera como monitores, pisteros o camareros de restaurantes y hoteles. Obviamente los deportes de invierno son una actividad estacional, y cuando no hay nieve, los desocupados deben buscarse la vida por otros medios. La alternativa es la Criónica, campo en el que Yzaba constituye un referente mundial.

En la reunión con los padres, al principio del curso, una madre que llegó al colegio con unos minutos de retraso, se justificó en los siguientes términos:

-Lo siento, me acaban de traer a Yoli Alba y no he podido venir hasta ahora.

Las muestras de admiración y cierto desdén envidioso con que fue recibida la noticia me dejaron perplejo: por aquel tiempo, Yoli Alba era una de las actrices más reputadas, famosa por sus papeles cargados de erotismo, y cuando se supo que padecía de cáncer, los medios la convirtieron en un icono de la lucha contra la terrible enfermedad, ante la cual se nos hacía inconcebible que sucumbiera una mujer tan joven, bella, famosa y rica. A las dos semanas de hacerse público el fatal diagnóstico, murió la diva, en medio de la consternación de todos sus seguidores.

Otro padre, que me pidió cita para advertirme de los ataques de epilepsia que sufría su hijo e instruirme sobre cómo debía actuar en tales casos, me comentó eufórico el acuerdo al que había llegado con la Caja de Ahorros.

-Me mandan a la Junta Directiva en pleno. Y como el más joven ronda los sesenta y cinco años, supongo que no tardarán en venir a ocupar sus plazas. Yo solo tengo seis plazas libres -añadió como para quitarse importancia-. Pero si hay un negocio en el que se cumpla el axioma de que los últimos serán los primeros -o como se dice en la jerga profesional,

last-in-first-out- ese es el de la Criónica.

Aprendí que la Criónica es la criopreservación de cadáveres y que *kríos* en griego significa *frío*.

Aprendí que los métodos de preservación han mejorado notablemente en los últimos años, pues se combina la congelación y neurovitricación, con lo que las posibilidades de reanimar a los pacientes se vuelven menos lejanas.

El hombre que había hecho negocios con la Caja de Ahorros era aficionado al montañismo y otra vez que hablábamos sobre los riesgos de la escalada, me confesó que una muerte por despeñamiento no le parecía mal desenlace.

-Con la cabeza rota y el cuerpo despezado en el fondo de un precipicio, las expectativas de que te reanimen son nulas. Gracias a Dios.

Con solo siete alumnos, se comprenderá que la vida escolar discurría en un ambiente de extraordinaria calma y familiaridad. El nivel cultural de los niños era equiparable al de los hijos de la burguesía ilustrada de las grandes ciudades, con la ventaja de que vivían en un entorno más sano y menos competitivo. No se trataba, en absoluto, de una comunidad cerrada, aunque los viejos que tomaban el sol del verano en la plaza pudieran considerarse supervivientes de un mundo primitivo y endogámico; los jóvenes, en cambio, procedían de diversos rincones del planeta, y convivían en fructífera promiscuidad.

El primer forastero que se instaló en Yzaba y emprendió el aprovechamiento de las cuevas de hielo de esta parte de los montes Pirineos fue un mexicano que había trabajado para la *Alcor Life Extension Foundation* en Arizona, compañía sin ánimo de lucro que investiga y practica la preservación de personas muertas en nitrógeno líquido con la esperanza de volverlas sanas a la vida cuando el progreso de la ciencia lo haga posible. Después llegaron un par de monitores de esquí argentinos, un agrimensor alemán, una escritora tunecina y un guía de montaña esloveno. De un modo u otro, todos acabaron por dedicarse a la Criónica, en la estela del pionero mexicano.

Un mañana de octubre, hallándome yo en el despacho mientras mis siete alumnos jugaban en el patio de la escuela, hube de interrumpir el trabajo para poner orden entre dos muchachos que se habían enzarzado en una pelea, jaleados con crueldad infantil por los demás. El que llevaba las de perder era un niño escuchimizado, taciturno e imitador excelente del canto de los pájaros, por lo que le llamaban *El Jilguero*; el que lo había tirado al suelo de una zancadilla era el grandullón de la clase, quien, a pesar de su tamaño desproporcionado, pecaba más de tonto y simple que de pendercierno. Ninguno de los dos respondía al perfil de acosador

escolar. Los separé y los llamé a capítulo en la dirección del centro, es decir, en mi despacho, donde les ofrecí asiento con una solemnidad afectada que buscaba intimidarlos. La causa de la pelea se aclaró en seguida. Los padres del Jilguero ofrecían sus servicios de criopreservación al Real Madrid, mientras que la familia del contrincante tenía por clientes a la plantilla del club de fútbol Barcelona. Como es natural, los hijos defendían los colores de los clubes que daban de comer a sus padres, y de ahí a llegar las manos bastaba cualquier malentendido. Hicieron las paces por la boca pequeña y fueron sancionados con trabajos de jardinería para la comunidad.

Mi ignorancia sobre la congelación de cadáveres era absoluta; a lo sumo, había oído la leyenda urbana de que Walt Disney esperaba la resurrección de los muertos metido en una nevera. La patrona de la pensión donde me alojaba, que había ejercido de prostituta en un transatlántico inglés y aseguraba haber ofrecido sus servicios a numerosos altos cargos de la política europea y ser, por tanto, depositaria de valiosos secretos de Estado, fue quien me explicó algunos conceptos fundamentales de la Crionía. Su vocabulario científico, por cierto, no era impostura, pues la mujer estaba suscrita a la revista *Muy interesante* y, en consecuencia, ningún invento o novedad le era ajeno.

-Aquí cada familia regenta una pequeña empresa de criopreservación. Cuando se inició esta particular fiebre de oro, lo que se hacía era aprovechar las cuevas de hielo de los Montes Malditos como depósitos naturales de cadáveres; sistema a todas luces insuficiente, pues para poder mantener en condiciones de vida suspendida un organismo se requieren temperaturas de -80° a -196° ; a esas temperaturas, cualquier actividad biológica, incluso las reacciones químicas que producen la muerte de las células, queda detenida. Con el tiempo, los medios se hicieron más sofisticados y fiables. Como vasos Dewar, las grutas se dividieron en compartimentos estancos, con doble pared de fibra de vidrio, cada una de las cuales permite albergar cuatro cuerpos de pacientes sumergidos en nitrógeno líquido. Una alternativa a la preservación del cuerpo completo es la neuropreservación, esto es, la criopreservación del cerebro, para lo cual solo se necesita conservar la cabeza amputada. Para que se haga una idea, la de cuerpo completo sale por unos 100.000 euros; y por unos 50.000 la del cerebro. Obviamente la reanimación no es viable con ninguna tecnología a corto plazo, así que las empresas familiares se comprometen por contrato a que las futuras generaciones, en cuanto fuere posible, devolverán la vida a sus pacientes.

Reparé en que los crionicistas no hablan de muertos o cadáveres, sino de pacientes. Por más que se tratara de personas legalmente muertas, ellos solo veían en su estado de suspensión de la vida la impotencia de la ciencia actual para sanar un trastorno que consideran reversible. De modo que con esta lucrativa fe en la vida eterna, en Yzaba se pasaba bien la terrenal y perecedera, haciendo caso omiso del gran Jorge Manrique y de

las coplas que compuso por la muerte de su padre.

Por lo que a mí respecta, la belleza de los paisajes pirenaicos, el apacible apartamiento del mundanal ruido, me sentaban bien tras un año con los nervios de punta, estudiando las oposiciones.

Hice algunos amigos con los que salía al monte a practicar la escalada o a vagabundear por los bosques. En otoño íbamos a coger setas, y nos reuníamos en la cocina de cualquiera de nosotros a comerlas y festejarlas con un buen vino del Somontano. Me habitué al uso de los crampones y piolet en las marchas por los glaciares. Ascendí a picos de más de tres mil metros de altura, pernoctando en refugios o vivaqueando bajo las estrellas. No echaba de menos la ciudad, hasta el punto de que en el primer trimestre solo bajé un par de veces a Huesca, y ello por gestiones administrativas inexcusables, no por añoranza de los centros comerciales urbanos.